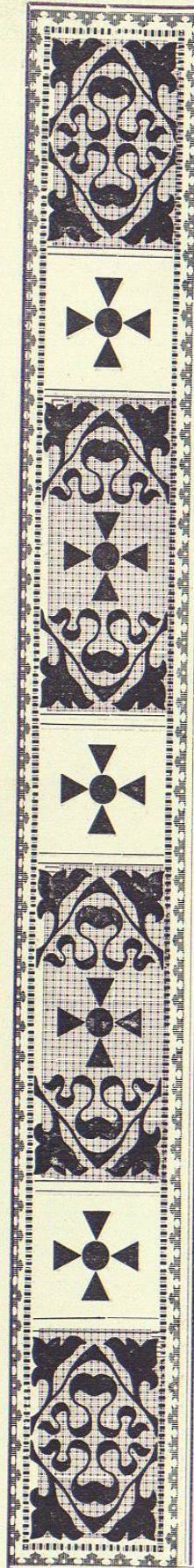


puertas, ventanas, balcones, azoteas y bocacalles del mismo trayecto estaban cuajados del gentío espectador.

Y no sólo esas calles estaban extraordinaria y fúnebremente decoradas: también el vecindario de la de Soto, por resulta de una mala inteligencia de las prevenciones dictadas, creyendo que por allí se efectuaría el desfile hacía el Panteón, revistió de luctuosos atavíos las fachadas de sus hogares y aun erigió un túmulo para que sobre él se posara, siquiera fuese un momento, el ataúd arquiépiscopal.

Por fin, á las cuatro y quince minutos de la tarde comenzó su marcha la triste procesión: como batidores de ella no iban á la descubierta belicosos dragones, sino tiernas criaturas de uno y otro sexo, los alumnos y alumnas de algunas de las principales escuelas y colegios particulares, presididos por sus respectivos Directores, entre los que recordamos haber visto en primer término á la Srta. Profesora D.^{ca} Antonia Flores y Sres. Profesores D. Martín Souza y D. Casimiro Sánchez; en pos caminaban los alumnos de las Escuelas Parroquiales de niños y de niñas, conducidos por sus Maestros y Maestras; venían á la zaga de ese grupo los pequeños asilados de los Establecimientos de Beneficencia privada, con sus respectivos uniformes, entre los que distinguimos el del Asilo Guadalupano, el del Orfanatorio del Sagrado Corazón de Jesús y el de la Escuela de Artes y Oficios del Espíritu Santo; les seguía una comisión de alumnas del Colegio que dirigen las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, compuesta de bellísimas jóvenes pertenecientes á algunas de nuestras más respetables familias, llevando traje negro, y largo velo y guantes del mismo color; á continuación, los jóvenes representantes de las Escuelas preparatorias y profesionales, de carácter no laico; después, los gremios de Banqueros, Comerciantes é Industriales, precedidos por las Comisiones que llevaban las grandes coronas de la Cámara del Comercio y de la Colonia Francesa; en seguida, los Médicos, Abogados, Ingenieros y Farmacéuticos; inmediatamente, las numerosas Conferencias de San Vicente de Paul, las Asociaciones piadosas y otras de Beneficencia, llevando sus peculiares distintivos; luego, algunos de los Representantes Consulares de las naciones amigas de la nuestra, incorporados entre ellos, con carácter meramente privado, los Generales Curiel y Carballada, aquel señor, Gobernador del Estado, y el otro señor, Jefe de esta Zona Militar; detrás, los Delegados de varias Diócesis; posteriormente, el Seminario Conciliar; sucediéndole, el Clero Secular y Regular; después, el féretro llevado en hombros de personas de las más notables de la ciudad, que se iban turnando en el desempeño de



EXTERIOR DEL MAUSOLEO DE LA FAMILIA REMUS,
donde fué sepultado el cadáver del Ilmo. Sr. Loza.

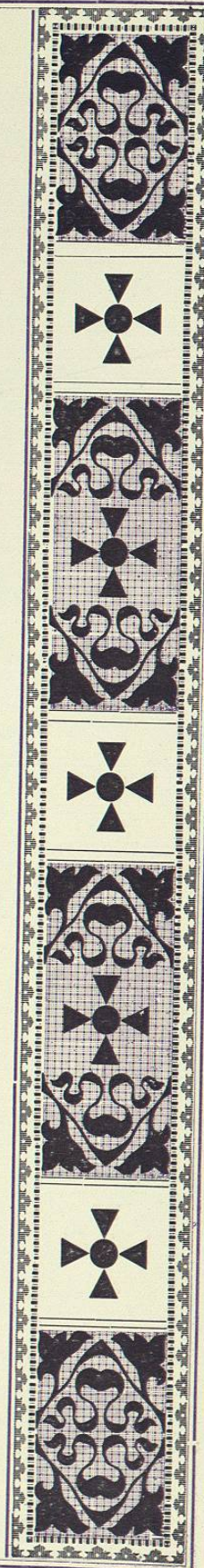
(De fotografía tomada al siguiente día del entierro.)

esa piadosa tarea, con filial emulación; tras él hacían el duelo los miembros del Venerable Cabildo y los Familiares del Ilmo. finado; procedía luego la guardia del Comercio; y cerraban la marcha, el carruaje propio del difunto Sr. Arzobispo, el carro fúnebre, los coches particulares (con sus vidrieras echadas, y llevando algunos de ellos á las señoras sus honorables dueñas,) y venía, en último término, la muchedumbre.

Todo eso ofrecía á la vista un conjunto verdaderamente magnífico; pero en especial llamaban la atención el pomposo féretro y la guapeza de los atavíos que ornaban el coche arquiépiscopal y el carro funerario.

El primero de estos dos había sido adornado por los tapiceros Cano y Cia., bajo la dirección del antiguo oficinista de la Agencia de Parroquias, Sr. D. Vicente Alvarez Tostado: todo su cuerpo estaba forrado de terciopelo negro, dispuesto en infinitos pliegues en que la luz hacía cambiantes: esa fundación terminaba por la parte inferior en ondas y se veía contorneada enteramente por áureo fleco; fileteaba la parte superior un ancho galón de oro, bajo el cual colgaban lambrequines también de terciopelo oscuro con flecos y borlas de aquel propio metal; en la delantera llevaba un adorno en consonancia; en el sitio del pescante, sobre un grande cojín negro, una mitra, entre una cruz y un báculo, y abajo una corona de azahares y violetas artificiales, que tenía pendientes dos listones de seda blanca, terminados en alhamares de oro y en los que estaban recamadas las fechas del nacimiento y de la muerte del Prelado. Cada uno de los cuatro ángulos superiores de la caja lucía una gran corona de jazmines, camelias y azalias blancas, y heliotropos azules; los estribos estaban asimismo cubiertos de terciopelo con fleco de oro, é igualmente de esa tela estaban revestidos los demás salientes; y por último, cubrían los rayos de las ruedas, crespones de luto, y hasta los ejes estaban envueltos en paño galonado. Tiraban del carruaje dos soberbios troncos prietos, caparazonados con gualdrapas de terciopelo y oro, llevando garzotas negras, ostentando resplandecientes jaeces y conducidos del diestro por enlutados palafreros. Habían facilitado esos troncos, respectivamente, sus dueños los Sres. Cuesta y Newton.

El muy elegante carro fúnebre que es propiedad del Sr. Lic. D. Francisco Camarena,—quien espontáneamente lo había ofrecido para que prestara servicio en la traslación del cadáver del Sr. Arzobispo á la postrer morada,—lleva su caja de cristal exteriormente guarnecida de cortinajes de seda negra, combinados con bandas de raso morado, ardiendo



las linternillas y repartidos en la cubierta vistosos penachos oscuros. Una cuadríga, retinto el tronco delantero y prieto el de la zaga, guiada por un negro, vestido de librea del mismo color, tiraba de este carro, el adorno del cual fué dirigido por el artista D. Eduardo Villaseñor.

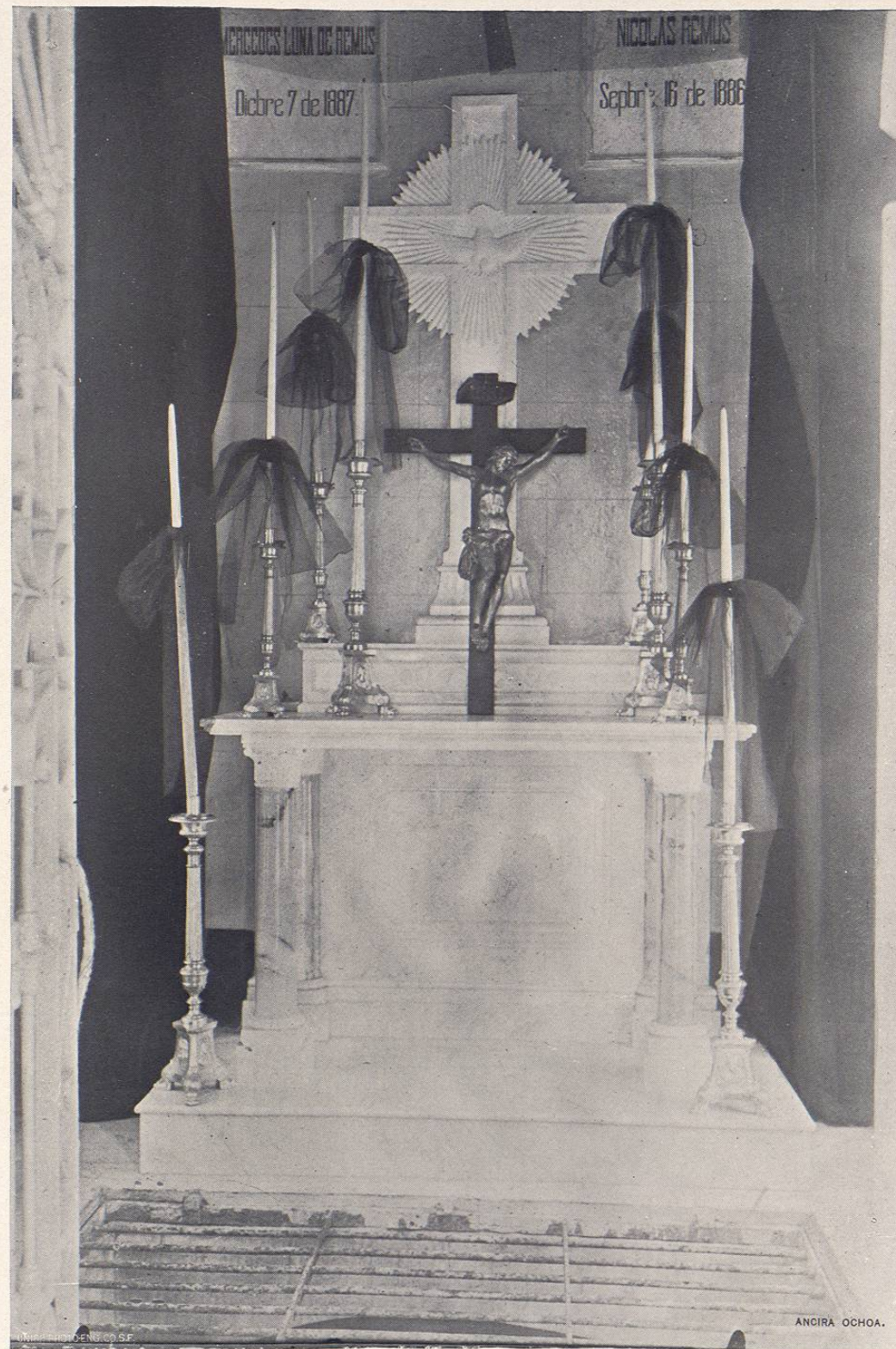
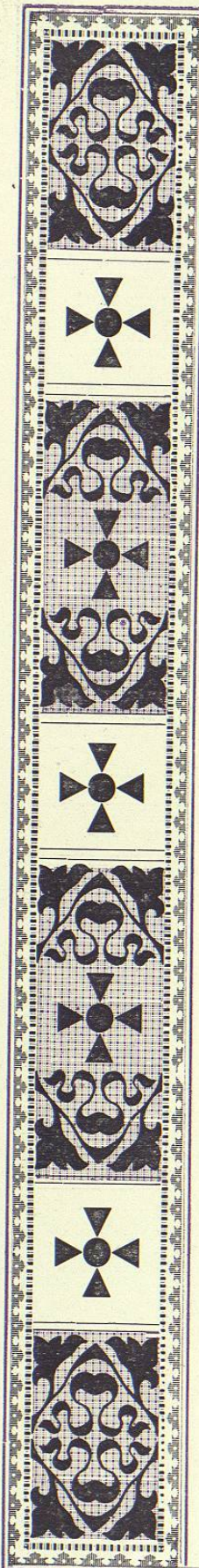
Con solemne lentitud adelantaba en su curso la triste procesión, sin que nadie alterara sus ordenadas filas; sólo sí al paso del ataúd, la masa humana hacía á veces empuje para acercarse á éste, como impulsada por la psíquica fuerza del cariño; pero, en esas mismas ocasiones, pronto el solo respeto la rechazaba, despejándose el campo y la comitiva volvía prontamente á rehacerse.

Bien se pensó al no estimarse necesaria la presencia de los agentes de la policía sino ya en las inmediaciones del cementerio, donde indudablemente el pueblo bregaría intentando penetrar á aquel recinto con el cortejo ó tras él, para presenciar el sepelio. Previstas con oportunidad esas intenciones, fácilmente se impidió la irrupción á los millares de personas que allí se apiñaban, formando un oceano de cabezas: bastó para ello que las escuadras de agentes del orden, de á pié y de á caballo, formaran valla desde el Parque Alcalde hasta la puerta de entrada del referido cementerio.

Ya los últimos reflejos del crepúsculo vespertino formaban maridaje con los pálidos fulgores de la luna próxima á su creciente, cuando el venerable cadáver, después de sufrir la inspección oficial mandada por las ordenanzas municipales, llegó al lugar destinado para su reposo.

El resplandor de cien antorchas que se encendieron bañó entonces de luz el blanco panteón de la familia Remus, erigido en el cuadro frontero al ángulo Sudeste. Es aquél una elegante capilla de forma octágona irregular, que en tres de sus grandes lados tiene distribuidos otros tantos pórticos con cancelos de hierro, y tras de dos de éstas vidrieras de cristales apagados; cabe sus cuatro pequeños planos, por el exterior, se adelanta igual número de columnas dóricas, cuyos capiteles se ligan á unos resaltes que sostienen el almenado cornisamiento, al frente del cual aparece inscripto el apellido de aquella familia; y el cornisamiento á su vez sostiene una pequeña bóveda coronada por la estatua de la Fé. Da acceso por el pórtico principal una sola grada y el monumento está circuido de pequeñas pilastras enlazadas entre sí por fuertes cadenas de hierro.

Cuanto al interior, recientemente decorado de nuevo, tiene en su cara principal un gracioso altar de mármol, con sus columnas de tecalli; sobre él una cruz también de mármol,



INTERIOR DEL MAUSOLEO DE LA FAMILIA REMUS.